

# Que bē que ens ho hem Passat!



Michael Morpurgo Quentin Blake

Traducció de  
Yannick Garcia

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Didn't We Have a Lovely Time!*

Publicado por acuerdo con Walker  
Books Limited, London SE11 5HJ.

© 2016, Michael Morpurgo, por el texto  
© 2016, Quentin Blake, por todas las ilustraciones  
© 2017, David Paradela López, por la traducción  
© 2017, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2017  
ISBN: 978-84-8343-507-6  
Depósito legal: B-1249-2017  
*Printed in Spain*  
Impreso en Índice, SL  
Fluvià, 81-87 – 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



**El viaje en autocar** desde Londres hasta Devon dura seis horas bien largas. Una vez ahí, los cuarenta que somos, entre profesores y niños, nos alojamos juntos en una mansión victoriana con vistas a las lejanas colinas del Parque Nacional de Dartmoor y durante una semana hacemos de granjeros. ¡Apenas nos quitamos las botas de goma! Todos los días, desde que sale el sol hasta que se pone, nos dedicamos a trabajar en la granja. Damos paseos por el barro, comemos caliente tres veces al día, cantamos canciones, por las noches contamos historias junto al fuego y dormimos como troncos.

Trabajo como maestra en una barriada de Londres, y todos los años desde hace casi cuarenta me llevo a los chicos a Nethercott. Tanto ellos como yo nos pasamos el curso esperando a que llegue esa semana. Me encanta ver cómo los chicos trabajan duro y a conciencia en la granja: dan de comer a los terneros, trasladan a las ovejas (y, en primavera, las ayudan a parir), cosechan el heno en verano y plantan árboles en invierno. También cepillan a Hebe, la yegua, a la que todos quieren mucho, limpian los establos y cobertizos, y recogen patatas, huevos, leña y, a veces, incluso manzanas y moras. Los chicos se ocupan de todo y, en general, lo hacen encantados.



Lo fantástico es que trabajamos codo con codo con la gente del campo, y eso hace que nos sintamos auténticos granjeros. Sabemos que todo lo que hacemos es útil y beneficia a la granja, y que la gente nos lo agradece.



Todos los años, cuando volvemos de Devon, en el colegio no se habla de otra cosa. Todo el mundo quiere saber cómo nos ha ido. Cuando sales al patio o entras en la sala de profesores, no haces más que oír una y otra vez las historias sobre las colonias en la granja de Nethercott. Algunas son ciertas, otras no tanto, quizá un poco exageradas, pero en cualquier caso todas son estupendas.



Hay momentos mágicos: el nacimiento de un ternero, el avistamiento de un zorro o un ciervo en el bosque de Bluebell, una nutria que se desliza entre las aguas del río Torridge. Y también hay momentos triunfales, como cuando logras mover a doscientos borregos, más los niños y el perro pastor, a través del pueblo sin que se te pierda ninguno: ¡ni borrego ni niño!



O como el rescate del pato extraviado al que los zorros se habrían comido de no haberlo encontrado antes de que cayera la noche. Fue Ho quien se encargó de devolverlo a su cobertizo.

Aunque lo mejor son los pequeños desastres: como cuando a Mandy se le quedó la bota encallada en el barro, cuando la oca se puso a perseguir a Jemal o cuando a la señorita Tropp le dio por bajar la cuesta corriendo, tropezó y acabó rodando hasta el pie de la colina. Todos estuvimos de acuerdo en que el tropezón de la señorita Tropp fue el momento más divertido de la semana, y eso que momentos hubo muchos.

Claro que también ocurren cosas tristes: como el cuervo muerto que encontramos junto a la verja o el cordero que al nacer era tan pequeñito que no logró sobrevivir.



Los chicos siempre escriben cosas sobre la granja de Nethercott, hacen dibujos, se inventan obras de teatro y sé que hasta sueñan con ella, como yo. Estoy segura de que es algo que no olvidan nunca.



El caso es que un año, hace ya tiempo, durante una de estas colonias, ocurrió algo tan extraordinario que sentí la necesidad de dejarlo por escrito, en parte porque no quería olvidarlo y en parte porque sé que, con los años, a medida que el recuerdo vaya diluyéndose, se hará difícil creerlo. A mí siempre me ha costado creer en los milagros, y lo que ocurrió fue, sin duda, una especie de milagro.



En mi colegio hay chicos y chicas procedentes de todos los rincones del mundo, de modo que estamos bastante acostumbrados a que algunos no hablen nuestra lengua o a que la hablen mal. Sin embargo, hasta que apareció Ho nunca habíamos tenido a un niño que no hablara en absoluto. Tendría unos siete años por entonces. En los tres años que desde entonces llevaba entre nosotros, jamás había pronunciado ni una palabra. Por eso tenía muy pocos amigos y pasaba la mayor parte del tiempo solo.

Siempre lo veíamos sentado aparte de los demás, leyendo. Leía y escribía en nuestra lengua con corrección y soltura; con más soltura, a decir verdad, que muchos compañeros de clase nacidos en el barrio. Destacaba también en matemáticas, pero en el aula nunca levantaba la mano ni hacía preguntas ni respondía voluntariamente. Se limitaba a ponerlo todo por escrito, y por lo común lo hacía bien. Ninguno de nosotros lo había visto nunca sonreír en el colegio, ni una sola vez. Su expresión parecía esculpida en piedra, congelada en una mueca permanente.